

# MÍNIMOS

Eduardo Ramos-Izquierdo\*

*Diciembre 2013*

## *Serial Killer*

Se dijo que fue una pareja de empleados bancarios la que encontró al cadáver e informó a la policía. Muchos tuvieron que haberlo visto, en la calle y en plena mañana, pero fueron esos empleados quienes dieron aviso.

De cualquier manera, H y los suyos llegaron y reconocieron de inmediato a X con el cuello rajado y sangrante. A su lado estaba el cuchillo. H dio las órdenes de rigor para que se resolviera el crimen. Y propuso investigar el crimen. M le susurró algo en el oído a H. En el rostro de E se notó la duda.

De alguna manera se esperaba una segunda víctima. Esta vez se trató precisamente de Y, que fue encontrado boca abajo en el comedor de su casa. También había sido degollado, pero ahora no apareció ningún cuchillo.

Horas después se encontró una tercera víctima que sorprendió a todos en el jardín de la mansión de H descubierta por I su protegido: su halcón favorito igualmente degollado. En las tropas de H la resonancia de este hecho fue sin duda mayor.

El fin de semana aparecieron en la misma primera plana las fotos de la detención de H y de los cadáveres de M y de la C, dos nuevas víctimas del degollador, como se le empezó a llamar. I heredó las tropas de H. Entonces E les dijo a algunos de los servidores de H (ahora de I) que conocía la identidad del asesino, pero que no pensaba revelarla. Días después se le vio tomar un autobús hacia la frontera. No ha habido nuevos degollados.

\* Escritor mexicano.

Usted y yo, querido lector sabemos que E se equivocó, que el culpable no será castigado por las autoridades y que nuevamente habrá que esperar que hagan algo las afiladas manos del destino. A menos de que...

### *El vuelo*

La vendedora les insistió en la agencia de viajes para que llegaran con mucha antelación. Afortunadamente lo hicieron pues el asunto por supuesto que resultaba complicado.

La pareja de jóvenes llegó al mostrador de la aerolínea en Orly. La fila de espera era mucho mayor de lo que habían imaginado, pero bueno la ilusión del Oriente bien valía la pena. Les revisaron los documentos de menos tres veces en controles diferentes. Después del último, los separaron y los llevaron a dos pequeñas oficinas. Les formularon preguntas generales, personales, de todo tipo. Ella recordó sus orígenes provincianos y sus estudios universitarios. Finalmente su interrogatorio no duró tanto en comparación con el de él, venido de la geografía hispánica de ultramar. Le asombró que su interrogador poco tuviera del físico y el comportamiento de los policías aduanales. Era alto, de piel muy clara y con manos finas y fuertes. Le había simpatizado en el momento en el que el guardia gorila le había pedido cachearlo y frente a su reacción de cólera él le dijo algo en su lengua al gorila para tranquilizarlo. En algún momento hablaron de música, ambos eran pianistas becarios y compartían su admiración tanto por Richter como por Horowitz.

El decidió acompañar a la pareja hasta la zona de embarque. Querían comprar cigarrillos y un par de botellas de Sancerre. Había bastante gente en el *duty-free* y se acercaba la hora del abordaje. En la cola una mujer obesa empujó a la chica y casi la tiró. El guardia le hizo una seña a una cajera para que los hiciera pasar antes pues corrían el riesgo de perder el vuelo.

Llegaron por fin al control final del avión con la bolsa de compras en el último momento. El guardia hizo de nuevo una seña indicando que la pareja ya había sido revisada.

Aquella noche se difundió la noticia en la televisión del secuestro del avión y del accidente en pleno desierto. Días después, el pianista becario fue herido de muerte en una tienda de la *banlieue* norte perteneciente a una pareja de obesos comerciantes que también perdieron la vida en la balacera.

*La última frase*

La melodía del teléfono interrumpe la escritura de la frase. Le parece extraño que suene pues creía estar seguro de haberlo apagado. Sabía la urgencia de terminar el cuento pues el plazo de envío era hoy. Durante toda la tarde se ha podido concentrar y ya está por fin en el último párrafo.

Ve en la mini pantalla del teléfono que se trata de un número oculto y decide quitarle el sonido sin contestar. Vuelve su mirada de nuevo a las palabras que resaltan en la pantalla. Ha preparado cuidadosamente este desenlace que anticipa el final dramático para el protagonista. Lee en voz alta la última frase que estaba escribiendo: «Ya está frente al umbral...». Duda un poco y por fin la deja así por el momento. Ve el reloj y se da cuenta que le viene bien una pausa. Bajaré a comprar café y ya de vuelta releeré el texto para rematar el final.

A esa hora de la tarde brilla opaca la luz blancuzca del invierno que anticipa la iluminación artificial de la noche. Al pasar por la librería, la ve vacía y cede a la tentación de entrar. El dueño parece leer un volumen sentado junto a la caja. El se detiene frente a la mesa de entrada que expone las 'novedades' de la librería de ocasión. Al comenzar a ojear una edición de un volumen de cuentos, la ve de pronto aparecer detrás de las bibliotecas del fondo. Es morena, esbelta y de rasgos afilados. La ve dirigirse hacia donde está el dueño y deslizar el libro dentro de su bolsa. El gira un poco la cabeza para depositar el volumen sobre la mesa y evitar el encuentro de las miradas. No obstante, de reojo la ve pasar frente al librero que se despide de ella. Ella apenas esboza una sonrisa al atravesar la puerta antes de doblar hacia la izquierda. El duda algunos instantes, pero por fin sale también. Ve hacia el fondo de la calle a la izquierda y se da cuenta de que ha desaparecido.

El cruza la calle y sigue caminando derecho hacia la tienda del café. Al llegar a la siguiente esquina, alcanza a verla bajar las escaleras de la estación Brochant: decide seguirla. Al haber cruzado los torniquetes tiene la disyuntiva de las dos direcciones. No sabe muy bien por qué, pero escoge la dirección que está a la izquierda. Momentos después ve como los vagones empiezan a cubrir el andén. Entre la masa de viajeros que entran y salen, la ve subir al tercer vagón. Se apresura, pero apenas alcanza a entrar en el anterior, en donde se queda junto a la puerta. Al llegar a la siguiente estación se asoma y no la ve bajar; tiene tiempo de cambiarse a su vagón. La ve sentada leyendo el volumen que supone que fue el robado y del que no alcanza a leer el título. Por fin llegan a Place Clichy donde se levanta para bajar. El sale también del vagón y, conforme a un juego alguna vez leído, decide seguirla, si toma la dirección que él escoja: elige Nation. Al llegar al entronque, la ve dudar y por fin toma la dirección de Charles de Gaulle-Etoile. Le gusta su figura esbelta y su forma de caminar. Abandona la regla de juego y decide seguirla.

Esta vez entra sin premura en el mismo vagón que ella. Permanece de pie a unos cuantos metros, mientras que ella se ha sentado y vuelve a su lectura. A pesar de la gente que lo rodea, tiene una vista clara de ella: le gustan sus grandes ojos cafés y ese aire de desenfado en su arreglo. Empieza a sentir que ella le servirá de base para un personaje. De pronto reacciona y vuelve a la necesidad de volver a su trabajo. Mira en su reloj y ya han pasado casi veinte minutos. Se bajará en la siguiente estación y volverá a casa a terminar de escribir el cuento. Al aproximarse a la parada de Villiers, ella se levanta y también se acerca a la puerta. La deja pasar y ambos salen del vagón. La seguirá simplemente para ver hacia qué dirección se dirige y él caminará de vuelta a casa. En el camino de regreso se volverá a concentrar en el final del cuento para enviarlo antes de la cena.

Ya es de noche y la iluminación nocturna ensalza una vaguedad de contrastes. Ve que se dirige hacia el norte en dirección de la rue Levis. El la seguirá únicamente hasta el entronque con la rue des Dames y allí doblará hacia la derecha para tomar la dirección de casa. Al llegar a la esquina, ella da vuelta hacia su dirección. Le parece curioso el azar y no tiene más remedio que seguirla. A media calle, la ve detenerse y apoyar el botón de la entrada de un edificio para desaparecer. Llega ahora a la altura de la puerta y no resiste la tentación de apoyar el botón. Le sorprende el decorado de la entrada que le parece ideal para terminar su cuento. Ve la segunda puerta de cristal que no se ha cerrado aún. Ya está frente al umbral en donde es incapaz de resistir las manos que lo empujan delicada pero firmemente hacia adentro.